

# Dioses de Maranga

---

RÍCHAR PRIMO



**EXCELSIOR**



**EXCELSIOR**

*Dioses de Maranga*

©Ríchar Primo

Editado por: ©Grupo Excelsior E.I.R.L. 2024

Calle Tomás Ramsey 930 - Magdalena del Mar - Lima (Perú)

[www.excelsior.com.pe](http://www.excelsior.com.pe)

Edición: Sebastián Horna

Ilustración: Benjamin Primo

Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°2025-00133

Primera edición: enero de 2025

Tiraje: 2500 ejemplares

Impreso en: *Printed in Perú*

Impresión y encuadernación: Aza Graphics Perú S.A.C

Av. José Leal 257, Lima - Perú

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni entregada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

## PRÓLOGO

En el vasto panorama cultural del Perú, las huacas y los relatos ancestrales que las rodean son mucho más que vestigios arqueológicos: son puentes que nos conectan con un pasado enigmático, lleno de dioses, mitos y secretos. En este contexto, *Dioses de Maranga* no es solo una novela, sino una exploración audaz y profundamente evocadora que invita al lector a recorrer los caminos olvidados de nuestra historia, mientras los enfrenta con los dilemas y emociones de la modernidad.

Ríchar nos transporta a un mundo donde lo cotidiano y lo sobrenatural se entrelazan, y donde un grupo de jóvenes, movidos por la curiosidad y la búsqueda de identidad, se adentra en la mítica huaca de Maranga. Lo que comienza como una travesura se transforma en un viaje de descubrimiento, marcado por misterios, riesgos y revelaciones que trascienden el tiempo.

El autor, con una prosa vibrante y un profundo conocimiento de las tradiciones locales, logra conectarnos con las leyendas del Perú prehispánico, creando una narrativa que no solo entretiene, sino que también enriquece. A través de sus páginas, Primo nos recuerda que el pasado nunca está realmente enterrado, y que las huellas de los antiguos dioses y sus historias aún laten bajo la tierra que pisamos.

*Sebastián Horna*



## Hallazgo del fardo funerario

Finalmente lograron atravesar la alambrada de seguridad que cercaba la abandonada huaca de Maranga. Lo consiguieron a duras penas: deslizándose por debajo de los alambres y rasguñándose con las púas oxidadas. Estaba hecho, habían cumplido con el desafío de introducirse en las ruinas de lo que alguna vez había sido una importante ciudadela preincaica, aunque, ahora, el lugar parecía apenas una sucesión de dos lomas abandonadas y polvorientas en cuyas laderas apenas se veían algunos devastados muros de adobe, tapiales carcomidos y retazos de paredes terrosas.

Una vez que estuvieron dentro de las ruinas, se agazaparon sigilosamente detrás de un montículo de piedras hasta asegurarse de que no había ningún vigilante en la caseta de madera emplazada en un extremo de la huaca, cerca de la primera pirámide, la que parecía más recubierta por el polvo de los siglos. A esa hora, el viento frío del otoño soplaba suavemente, aunque con la suficiente fuerza como para levantar, de tanto en tanto, una ventisca de tierra.

César, Aníbal, Renato y Javier, luego de unos minutos de espera, confirmaron que nadie vigilaba el lugar. La caseta de vigilancia era solamente un cubículo de madera abandonado, con un techo de calamina oxidado y una pequeña ventana descuadrada. Entonces respiraron aliviados, se alegraron, se dieron palmadas de valor y se dispusieron a continuar con su aventura.

Antes de iniciar el ascenso por una de las laderas, observaron (apenas con la amplitud que les permitía la penumbra) los restos de la carcomida y antiquísima ciudadela preinca que dormía delante de ellos. Vieron el tramado de senderos terrosos, delgados y plomizos que se ramificaban por las laderas y circundaban las destartaladas paredes y tabiques corroídos. La oscuridad de la noche, a ratos les generaba la ilusión de que algunos muros y parapetos de la huaca eran formas humanas agazapadas en la oscuridad. Sintieron algo de temor, pero igual continuaron su ascenso. Era inevitable que sintieran aprensión. Después de todo, habían irrumpido en lo que, alguna vez, hacia muchos siglos - según les dijo el Chamán de Végueta - había sido una ciudad enorme, poblada con miles de habitantes. El olor a tierra seca saturaba el ambiente que se volvía más denso en la medida que avanzaban.

Poco después de iniciado el ascenso, los cuatro parecían sombras sigilosas que avanzaban por uno de los angostos senderos, el que subía por la ladera más pronunciada. Luego de un largo esfuerzo, llegaron a la segunda loma, a la más grande y empinada. Habían elegido ese camino porque ese era el modo más directo y rápido para alcanzar los murallones algo más conservados, los que estaban en la cumbre. Así lo habían planeado después de muchas cavilaciones. Solo después de alcanzar la cima, comenzarían a buscar alguno que otro vestigio que demostrara que sí, que efectivamente habían estado caminando entre los escombros de ese misterioso lugar ahora solo era conocido como la huaca de Maranga.

La soledad que abrumaba el lugar era tan intensa que, a ratos, se sintieron sobrecogidos por tanta desolación. Cuando, finalmente, llegaron la cumbre, se sintieron tan agotados que se dejaron caer

sobre el suelo a descansar. Dos de ellos se acomodaron cerca de unos derruidos tabiques de adobe; los otros dos apoyaron sus espaldas en unos restos de graderías de adobe que aún subsistían en la pequeña explanada. Desde ese lugar, el punto más alto de la huaca, pudieron tener una panorámica de un lado de la ciudad, el lado oeste de Lima: Pueblo Libre. Descansaron un buen rato sin decir palabra. César y Javier, sentados sobre un montículo, tenían la mirada enfocada en la telaraña de luces amarillentas que, a la distancia, seccionaba la zona urbana de Lima como si fuera un enorme y refulgente tablero de ajedrez. Aníbal y Renato, en cambio, echados de espaldas, se concentraron en contemplar el velado cielo limeño: una bóveda oscura, sin estrellas, y con un retazo de luna en cuarto menguante apenas visible entre la nubosidad propia del otoño.

La extraña idea de introducirse en la huaca de Maranga había comenzado algunas semanas atrás, luego de escuchar, tantas veces, las extrañas narraciones del Chamán de Végueta sobre los muchos secretos que se ocultaban dentro y debajo de los antiguos muros de todas las huacas que aún subsistían en la anchura de Lima. ¡Y hay tantas huacas en la ciudad! Todas llenas de secretos que ni se imaginan, les había dicho el Chamán más de una vez y ellos lo escuchaban siempre algo sorprendidos y otro poco, desconfiados. Y es que el mundo, antes de la llegada de los conquistadores era diferente, saben – les decía el Chamán – la vida y la muerte se comprendían de otra manera; el bien y el mal no se pensaban como ahora: las cosas eran diferentes; pero ustedes, claro, no tienen forma de comprenderlo, porque todo ese mundo ahora está enterrado en las entrañas de las huacas que se han convertido en las tumbas en donde reposan los huesos deshechos de cada cacique, de cada sacerdote, de cada chamán que al morir se llevó consigo la memoria de aquellos tiempos. Todo eso, y quien sabe qué más secretos, es lo que hay en esos lugares que ahora la gente llama ruinas o restos arqueológicos tan ligeramente. Pero no solo son misterios y pasado – saben – también están las muchas piezas de adoración hechas de finos metales, las joyas que los conquistadores nunca pudieron encontrar, por más que lo intentaron. ¡Y pensar que hay quienes



quieren destruirlo todo, sin haber entendido lo que se podría perder! ¿En serio, chamán? ¿No nos estás palabreando? ¿Tanto así? ¿En verdad? Y el Chamán: ¿Por qué los querría engañar? ¡En todo caso, averígüenlo ustedes!

Al final, tantas historias sobre antiguas ciudadelas preincas, misterios furtivos, relatos de dioses extraños, maldiciones antiquísimas y enigmas escondidos en las entrañas de cada ruina arqueológica, habían encendido su curiosidad. Aunque, en ellos, también había influido otro poco que la huaca de Maranga y sus contornos hubiera sido el lugar por donde habían caminado tantas veces durante su adolescencia, cuando gastaban las horas de sus noches felices vagabundeando por sus alrededores. De algún modo u otro, la huaca de Maranga había estado presente en su vida desde cuando estaban en el colegio.

Así pues, incitados por los recuerdos de la adolescencia y por los relatos del Chamán de Végueta, decidieron irrumpir dentro de las ruinas para buscar, finalmente, los mentados misterios y leyendas de ese antiguo mundo preincaico del que – aparte de lo contado por el Chamán – apenas si habían escuchado en algunas de sus clases de historia en el colegio. Habían acordado llevarse todos los objetos arqueológicos que pudieran encontrar en su incursión, lo que fuera, lo que sirviera como una prueba de que habían caminado entre los espíritus de aquel mundo enterrado sin que les hubiera pasado nada.

Luego de unos minutos de descanso, Aníbal sugirió que debían continuar. Renato dijo que tenía razón y se incorporó de inmediato. Javier y César acataron la sugerencia con cierto desgano. Se levantaron pesadamente. Javier contempló todavía un poco más el paisaje nocturno y luminoso de la ciudad. «Qué grande es Lima», exclamó antes de seguir al grupo. Las ropas de todos estaban totalmente empolvadas y sus rostros, demacrados por el cansancio. Aníbal miró su reloj. Ya había pasado la medianoche.

Tal y como lo habían planeado, para comenzar con la búsqueda de los restos arcaicos, descendieron por el lado más inclinado de la pirámide mayor. Al rato, de nuevo eran cuatro sombras

que se movían casi a tientas. Bordearon, otra vez, algunos corroídos murallones casi sin reparar en ellos. Pasaron por entre los desvencijados cercos de adobe que alguna vez fueron los grandes paredones de aquella ciudad que había sido poderosa, según habían escuchado. Una fortaleza desde donde gobernaron casi toda la costa central en tiempos anteriores a los mismos incas (eso sí lo rememoraron de alguna vieja lección del colegio). Avanzaron saltando tapiales y luego se escurrieron a gatas por los estrechos conductos que el tiempo había taladrado entre las añejas paredes de barro. Después siguieron avanzando entre más murallones y más tapiales: todos corroídos por el tiempo. Algunas de las paredes eran apenas pedazos de adobe incrustados en el suelo como dientes rotos dentro de las encías del cerro.

Finalmente atravesaron la sección más enmarañada del lado sur de la pirámide. En medio de esa desolación, comprendieron la razón por la que la gente evitaba caminar por las inmediaciones de las ruinas por las noches. La huaca de Maranga era como una sucesión de dos altozanos tan envejecidos que parecían dos pirámides sombrías, erizadas de carcomidos murallones de adobe, y separadas de la ciudad con oxidadas alambradas. De noche parecía un espectro imponente y tenebroso, aprisionado entre los distritos de Breña y Pueblo Libre.

Esa pendiente es la más difícil – dijo Aníbal -. Seguro que por allí los huaqueros no han buscado mucho. Es la zona más alejada, fijo que allí vamos a encontrar algo que valga la pena.

Aunque hubo un tiempo - hacía ya mucho - en el que pareció que los pocos restos de aquella ciudadela preinca iban a desaparecer por completo. Aquello fue cuando una constructora llegó con la insólita idea de pasarle el tractor a todo el lugar. Se decía que, previamente, se habían comprometido a embalar cuidadosamente todos los huacos, esqueletos y demás cosas que se pudieran encontrar y enviarlos inmediatamente a los museos. Solo entonces iniciarían la edificación de un gran complejo de viviendas. De alguna manera se la habían ingeniado para conseguir los permisos para ese proyecto. Por supuesto que no todos estuvieron de acuerdo. Para algunos, aquello era un atentado contra el pasado de la ciudad. Hubo reportajes en la televisión

y mucha presencia de fotógrafos en las inmediaciones, algunas marchas de protesta de conservacionistas con cartelones que reclamaban respeto para los restos arqueológicos. No obstante, el proyecto siguió avanzando y, poco después, se hicieron presentes muchas cuadrillas de trabajadores con sus cascos de seguridad anaranjados y bastante maquinaria de construcción. Trabajaron tan febrilmente que muchos se resignaron a la inevitable desaparición de la huaca de Maranga.

Sin embargo, un día, de un modo igualmente misterioso, la constructora desapareció del escenario. Se rumoraba que habían perdido la autorización del Estado por culpa de un accidente, con muertos incluidos; otros especularon que fracasaron por los cambios políticos de la época; y hasta hubo un secreteo, que luego se hizo leyenda urbana: unos de los financistas, el que más dinero estaba invirtiendo, se había vuelto loco por las muchas pesadillas que había sufrido. Lo cierto es que nunca se supo a ciencia cierta por qué se retiró la constructora. De pronto, un día se detuvieron las obras, poco después se desmontaron las grúas, se llevaron sus maquinarias y todo volvió a ser como era antes. El paisaje de la antigua huaca de Maranga regresó a su soledad y volvió a languidecer, como siempre, cercada por una larga valla de alambre que bordeaba toda la fortaleza y que, con el tiempo, volvió carcomerse por la herrumbre del olvido y la humedad de Lima.

El Chamán les había dicho que dentro de la huaca de Maranga aún había muchos secretos oscuros e, incluso, muchas almas que se habían quedado en el limbo porque no habían resuelto sus asuntos con la vida. Eran como espíritus errantes sobre quienes había caído una maldición y por esa razón nunca iban a poder descansar completamente. «Quizás por eso en Lima había tanta mala vibración y todo parecía estar yéndose a pique siempre», les había dicho en más de una ocasión. Ellos dudaban, pero seguían escuchándolo. Sin embargo, la huaca de Maranga no solo generaba malos augurios por las ideas que propagaban personas como el Chamán, la huaca también estaba signada por otra leyenda muy extendida y más atractiva. Una en la que

se contaba que en sus honduras aún se escondían riquezas que habían esquivado a todos sus buscadores de tesoros por muchos siglos. «Hay que ir, muchachos, hay que atreverse», se motivaron entre ellos una y otra vez. La gente decía que los huaqueros se habían cansado de buscar esas riquezas desde hacía muchos años, pero el mito se había mantenido: escondido dentro de algún recóndito lugar de la huaca, aguardaba un tesoro milenario. ¿Será verdad? «Y si no hay joyas, cualquier vasija o pedazo de algo que pudiera ser bien pagado por algún coleccionista», había sentenciado Aníbal: «Amigos, nosotros vamos a entrar y seguro que la vamos a hacer, nos haremos famosos».

César, que parecía menos cansado, se había adelantado un poco para observar con más detenimiento un camino escalonado que descendía varios metros hasta una explanada que se veía algo borrosa, aunque se alcanzaba a percibir que, más abajo, había un pampón bastante amplio, rodeado por unas murallas algo más conservadas. Estuvo a punto de resbalar un par de veces mientras descendía por las gastadas graderías. Los peldaños de adobe estaban muy carcomidos y apenas si se diferenciaban del tobogán de tierra que también bajaba hasta la explanada. Al ver que César descendía casi arrastrándose, los demás lo siguieron.

Poco después, los cuatro descendieron hasta la explanada y se detuvieron en lo que, efectivamente, parecía haber sido un gran patio amurallado. Las paredes que lo cercaban, efectivamente, parecían un tanto más conservadas. Cuando César iluminó aquellos muros térreos con su pequeña linterna, descubrió que en sus paredes aún se conservaban algunos relieves, de formas extrañas, que los antiguos pobladores habían esculpido.

Son como rombos, y dentro de los rombos, rostros de personas con gestos aterrados- dijo Javier que se había ubicado detrás de César.

¿De qué hablas? - preguntó César.

Mira bien - respondió -, esas salientes de barro tienen forma de caras humanas, ¿te das cuenta?

Más bien parecen monstruitos - acotó César, intentando hacer

una broma. Aunque su voz delató, más bien, cierta aprensión.

Este era el patio de los castigos – terció entonces Renato que había aparecido repentinamente detrás de ellos -. Por eso labraron esas caras en las paredes, para que quedara como un testimonio de lo que había pasado en este lugar. Era la manera de guardar su historia.

O sea que aquí los ejecutaban.

Así es.

Vaya que eran unos retorcidos – exclamó César.

Eran sus costumbres – dijo Renato -.Traían a sus prisioneros hasta aquí, hombres aterrados. Quién sabe si los dejaban defenderse o de inmediato los llevaban a la plataforma que estaba por allá y los ahorcaban, como castigo.

O como sacrificio a sus dioses – dijo Javier.

También, puede ser.

Y tú qué eres ahora, ¿arqueólogo? – inquirió César, otra vez a modo de broma, y otra vez, con un timbre de voz confuso. Renato lo miró inexpresivo. Luego:

No, claro que no, payasito. Solo que en estos días he estado leyendo sobre todo esto – .Calló por unos instantes. Luego suspiró –... Y todo por culpa del Chamán y sus historias.

El Chamán también les había contado que hacía muchos siglos - antes incluso que los incas - habían vivido pueblos indómitos en toda la costa central, en toda la zona que luego sería la gran ciudad de Lima, que habían construido grandes ciudades de barro y se habían expandido por todo el litoral. Esos pueblos habían sido poderosos no solo por sus armas y su gente fiera. No solo era gente que mataba usando hondas y macanas de piedra con las que reventaban las cabezas de sus enemigos; sino que su poder era mayor porque alcanzaron a dominar poderes sobrenaturales. «Antes de las batallas, los marangas – que así se llamaron alguna vez - aseguraban su victoria gracias a los poderes de su hechicería. Por esa razón, luego de las batallas, arrastraban a los vencidos a sus fortalezas y en el centro de sus

grandes patios, los sacrificaban en agradecimiento a sus dioses». Cuando el Chamán contaba esas historias, Renato y sus amigos a veces lo escuchaban con cierta suspicacia, aunque la mayoría de las veces, quedaban atrapados en sus relatos y lo oían, más bien, totalmente pasmados.

De pronto hubo algo repentino en el ambiente que puso en alerta a los cuatro amigos. Todo pareció detenerse súbitamente: el viento se esfumó, las nubes dejaron de moverse, el rumor de los insectos se aquietó. Era como si el tiempo se hubiera suspendido y la misma noche hubiera contenido su aliento. Un silencio tan definitivo que los latidos de sus corazones habían disminuido. Solo silencio y quietud. Sin embargo, esa especie de suspensión del tiempo no duró mucho, porque luego, igual de inesperado, emergió un bramido estremecedor desde el centro del mundo. Entonces la tierra convulsionó. «Temblor, temblor, carajo, temblor », exclamó Renato. «Corran todos, a protegerse». No obstante, de inmediato, luego de ver a su alrededor, comprendió que no había muchos lugares donde refugiarse entre las ruinas de la huaca. Lo mismo debieron entender los otros, porque solo corrieron hasta uno de los viejos muros, el que parecía más sólido, y se parapetaron lo mejor que pudieron. La tierra siguió sacudiéndose, irrefrenable por un largo rato. Desde su parapeto, los amigos alcanzaron a ver cómo, desde la cumbre de la pirámide más alta, se precipitaba una pila de escombros. Sintieron que una cascada de tierra les caía abundantemente. El bramido del temblor entonces se hizo más intenso, amenazador, rugiente. Incluso creyeron escuchar los gritos de la gente, asustada, más allá de las ruinas, allá en las calles y urbanizaciones que rodeaban la vieja fortaleza.

Solo mucho rato después, paulatinamente, el fragor de la tierra fue disminuyendo, aunque la sensación de que el mundo seguía moviéndose, se mantuvo aún por un largo rato.

Algo les había advertido el Chamán cuando decidieron aventurarse en la huaca. Les había prevenido que siempre iban a suceder cosas extrañas cuando se escarbaba en el pasado. Peor todavía cuando ese pasado era de una cultura que había vivido entre costumbres que aún no se habían comprendido del todo.

Nada sucede en la naturaleza porque sí, siempre hay una razón que el hombre casi nunca comprende o en el peor de los casos lo entiende cuando ya es muy tarde.

«No, Chamán, no te pases: fue una coincidencia», pensó Renato.

Cuando se convencieron de que la tierra se había aquietado por completo, Renato, César y Aníbal solo atinaron a sonreír nerviosamente. Desde fuera de la huaca de Maranga, todavía llegaban algunos lamentos y gritos lejanos. De vez en cuando, también se percibían los aullidos de las ambulancias que parecían pasar muy cerca. En toda la explanada, el polvo alborotado había comenzado a asentarse otra vez. Las ruinas de la antigua ciudad volvían a su quietud. «Así que los dioses de antaño se estaban manifestando con temblorcitos», bromeó Renato, mientras se sacudía el polvo que se había apelmazado en sus cabellos.

Con eso no te juegues, compadre - le reclamó César -. Un temblor es una cosa seria.

Renato también dijo lo mismo:

Cierto, con los temblores nunca se sabe. Pudo haber sido más grave.

Claro – agregó César -. ¿Acaso no vieron el aluvión que se nos vino de allá arriba?

Hacia la izquierda de la explanada, se había amontonado una gran masa de tierra y piedras que se había precipitado desde la cumbre.

Aquí hay un tremendo hueco – les gritó, de pronto, Javier.

Solo entonces los otros se percataron de que su amigo no estaba cerca de ellos. Lo buscaron entre la penumbra, guiándose por el sonido de su voz. Finalmente lo ubicaron a unos diez metros de distancia, de rodillas, en la parte más cerrada de la explanada, del lado derecho. Parecía un perro largo y delgado husmeando en una abertura que, al parecer, se había abierto en la tierra por causa del temblor.

Acudieron de inmediato para darle alcance, pero luego se detuvieron intempestivamente ante una señal de Javier.

¡Cuidado! La tierra está muy blanda – les gritó -. Toda esta parte se puede derrumbar.

¿Qué has encontrado? – preguntó César.

A tu mamá – le contestó Javier.

Los otros se rieron de inmediato. César, en cambio, esbozó un gesto de contrariedad.

Imbécil – renegó.

Lo siento, Chato – dijo Javier -. Me la debías de la otra vez.

Los tres se fueron acercando, pero con mayor cuidado, casi tanteando la tierra, como si hubiera explosivos en ella.

Aquí hay algo raro – exclamó Javier -. Este no es un hueco cualquiera. Dentro, hay como una armazón de palos. Pásenme la linterna.

Renato prendió la suya y se acercó cuidadosamente para alcanzarla, prácticamente arrastrándose. Los otros lo siguieron. En el cielo, las nubes se habían corrido un tanto y la luz de luna iluminaba un poco más. En la parte más alta de la loma, había un montículo de piedras que, por fortuna, no se había derrumbado, y que se asemejaba a un felino a punto de saltar sobre ellos.

Cuando la linterna alcanzó a iluminar el foso que había descubierto Javier, los cuatro miraron sorprendidos. En el fondo de la cavidad, apenas visible por la pequeña luz de la linterna, pudieron divisar unos listones de madera muy viejos y empolvados que formaban una armazón de palos entrecruzados cubriendo otro foso, pero más pequeño.

Creo que hemos encontrado algo importante - comentó Renato.

Los otros afirmaron con la cabeza, sin dejar de observar las tenues imágenes que se divisaban alrededor del círculo luminiscente que formaba la linterna. « ¿Sería posible?». Javier avanzó un poco más el cuerpo tratando de ver mejor las formas difusas del agujero. Aníbal le advirtió que tuviera cuidado porque toda la tierra, en verdad, parecía estar muy floja. Pero antes de que terminará de explicar la precariedad de todo el lugar, la

tierra blanda había cedido y Javier estaba cayendo dentro del foso mientras intentaba sujetarse a duras penas de lo que iba encontrando en su caída.

¡Carajo! - exclamó Renato porque también sintió que estaba por perder el equilibrio; sin embargo, la mano firme de César logró detenerlo.

Sujétate, Flaco – le gritó mientras buscaba la mano que Aníbal le extendía para hacer una cadena que impidiera que se cayeran todos. Luego, con mucho esfuerzo lograron estabilizarse.

Javier, Javier – gritó Renato, apenas se sintieron asegurados -. Cholo, ¿estás bien?

Sí, estoy bien – respondió Javier. Su voz parecía oírse como un eco-. Ilumíname con la linterna.

Ah, sí, claro, qué imbécil – exclamó.

Encendió la linterna y las miradas de todos buscaron a su amigo entre las sombras del agujero.

Javier había caído sobre la armazón de maderos y la había quebrado. Un pequeño hilo de sangre cruzaba su frente, pero parecía no importarle mucho. Más bien parecía asustado por lo que estaba viendo con la ayuda de la luz. «Mierda, una tumba», exclamó. «Sáquenme de aquí» exigió atemorizado: «Ayúdenme a salir »

Tranquilo Javier, tranquilo – le pidió Renato – Tranquilo. No te asustes. Es solo una tumba preincaica. Cálmate. Mira bien.

¡No jodas! – Exclamó Aníbal que se acercó un poco más y aguzó la mirada para ver mejor el foso en donde estaba Javier.

Miró a sus amigos, y luego a Javier que había dejado de zangolotear en el intento de encontrar una manera de trepar para salir del hueco.

Has encontrado una tumba preincaica, Cholo. En serio.

Javier se fue tranquilizando: controló su respiración, sacudió sus ropas y desempolvó su rostro mientras recuperaba la calma. Cuando ya se sintió un tanto más sereno, levantó la mirada

hacia la boca del hoyo por donde había caído y vio las cabezas borrosas de Renato, César y Aníbal que lo observaban. Parecían tan confundidos como él.

¿Era posible? ¿En serio? Luego se acercó al montículo de maderos sobre el que se había golpeado. No pudo dejar de sentir aprensión cuando vio los huesos quebrantados del esqueleto sobre el que había caído. Efectivamente era un fardo funerario. Trató de divisar mejor su entorno: algunos troncos viejísimos hacían de puntales apoyados en las paredes de la caverna. La escasa luz permitía ver apenas las piedras con las que habían reforzado la cueva. Después regresó a ver los restos del fardo aún cubierto por los maderos. El esqueleto estaba envuelto por viejos mantos y apenas si se podía distinguir una parte de la calavera: las dos cavidades vacías en donde alguna vez hubo ojos, los huesos de los pómulos, la fila de dientes quebrados ofreciendo una especie de sonrisa macabra. Junto al fardo, encontró muchas pequeñas vasijas de cerámica de distintas formas, algunos fragmentos de viejos tejidos, luego otros huesos, los restos de una especie de soguilla tosca y muchos otros pedazos de objetos irreconocibles. «Cierto, es una tumba antiquísima».

Levantó otra vez el rostro para ver a sus amigos:

Y ahora, ¿qué hacemos?

Obvio, Cholo – dijo Aníbal, mirando a los demás, y luego de un largo respiro –. Nos lo llevamos.